



DESCARGA

GRATUITA

 Editorial CLIE



**Como muestra
de gratitud por su compra,**

visite www.editorialclie.info
y descargue gratis:

*“Los 7 nuevos descubrimientos sobre
Jesús que nadie te ha contado”*

Código:

DESCU24

OBRAS *escogidas*
de
TERTULIANO

- APOLOGÍA CONTRA GENTILES ·
- EXHORTACIÓN A LOS MÁRTIRES ·
 - VIRTUD DE LA PACIENCIA ·
 - LA ORACIÓN CRISTIANA ·
- LA RESPUESTA A LOS JUDÍOS ·

EDITOR:

Alfonso Roperó



editorial clie

EDITORIAL CLIE
Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
www.clie.es



Editado por: Alfonso Roper Berzosa

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

© 2018 por Editorial CLIE

OBRAS ESCOGIDAS DE TERTULIANO

ISBN: 978-84-944527-2-7
Depósito Legal: B 16835-2016
Teología cristiana
Historia
Referencia: 224993

Impreso en USA / Printed in USA

ÍNDICE GENERAL

Prólogo a la Colección <i>PATRÍSTICA</i>	11
--	----

INTRODUCCIÓN: TERTULIANO, EL TRIUNFO DE LA FE	15
El cristianismo en África romana	18
Vida y obra	22
Obras y contenido	24
a) La persecución y el martirio	25
b) La paciencia, virtud sin igual	27
c) Las herejías y la regla de fe	28
d) La importancia del bautismo	29
e) La vida cristiana	30
f) La unidad de Dios trino en el Antiguo y el Nuevo Testamento	31
g) El alma, el juicio y la resurrección de la carne	32
Tertuliano y el montanismo	35
a) Tres clases de pecados	36
b) El canon de la Biblia	37
Montano y los “espirituales”	37
a) El carácter de la nueva profecía	38
b) reacción al “secularismo”	40
c) Escatología y rigidez	41
Nota bibliográfica	41

Libro I APOLOGÍA CONTRA LOS GENTILES EN DEFENSA DE LOS

CRISTIANOS	43
1 No pedimos favores, sólo ser conocidos	45
La injusticia de la ignorancia	46
2 Obligados a guardar silencio	48
El ejemplo de Plinio	49
La perversidad del sistema judicial	50
Guerra de nombre	51
3 Ceguera para lo bueno	53
Odio a hombres inofensivos por un nombre inofensivo	53
4 Los cristianos no son peores, sino iguales a los mejores	55
Reformabilidad de la ley	55
La legislación contra los cristianos es injusta y absurda	57
5 Los peores gobernadores, los mayores perseguidores	58

6 Índice general

6 Cambios en los decretos y costumbres	60
7 Imputación de crímenes sin prueba	64
El nefasto poder del rumor	65
8 Acusaciones inverosímiles	67
9 Los acusadores acusados de aquello mismo que acusan	69
10 Los dioses son hombres divinizados	74
11 Inutilidad de los dioses	77
12 La fabricación de dioses	80
13 Falta de respeto a los dioses	82
14 Los poetas, los filósofos y los dioses	85
15 Burla de los dioses	87
16 “Adoradores de un asno”	89
17 El alma naturalmente cristiana	92
18 La revelación de Dios en las Escrituras	94
19 Antigüedad de las Escrituras	96
20 Cumplimiento de las profecías	98
21 Cristo, hombre y Dios	99
La doble venida de Cristo	101
Muerte y testimonio de la resurrección de Cristo	102
22 Los demonios y sus tretas	106
23 Los dioses son demonios	109
El poder cristiano sobre los demonios	110
24 Libertad religiosa	113
25 Irreligiosidad del pueblo romano	115
26 Dios, no los dioses, es quien otorga el poder a los hombres	119
27 Preferible morir a renegar de la conciencia	120
28 La religión es una opción libre, no forzada	122
29 Los dioses no protegen a César, sino éste a aquéllos	123
30 Los cristianos oran por el emperador al Dios verdadero	124
31 La oración por los enemigos y los gobernantes según las Escrituras	127
32 El imperio romano y el fin del mundo	129
33 El César no es dios, sino por Dios instituido	130
34 Es adulación peligrosa llamar Señor a César	131
35 Rechazo de las fiestas escandalosas	133
No es sincera la honra al César	134
36 Los cristianos no hacen acepción de personas	136
37 La rápida multiplicación de los cristianos	137
38 Los cristianos no son una secta peligrosa	140
39 Lo que son los cristianos	141
El ágape cristiano	143
40 Los cristianos no pueden ser la causa de las calamidades públicas	145
41 Los cristianos son invulnerables, los paganos culpables	149

42 El cristiano es uno más en sociedad	151
De lo que se abstienen los cristianos	151
43 Los cristianos contra el engaño y el crimen	153
44 El cristiano no es criminal	154
45 La superior eficacia de las leyes cristianas	156
46 Cristianos y filósofos	158
47 Toda verdad procede de la revelación en las Sagradas Escrituras	162
48 Transmigración y resurrección	165
El testimonio de la creación	166
Recompensa y castigo eternos	167
49 Ser cristiano es una opción personal y libre	169
50 Vencidos, pero triunfadores	170
No desesperados, sino gloriosos	170
La sangre los mártires es semilla de los cristianos	172
Libro II EXHORTACIÓN A LOS MÁRTIRES	175
1 Vencer a Satanás en su misma cárcel	177
2 La cárcel del mundo y la libertad del espíritu	179
3 La cárcel como campo de entrenamiento moral	182
4 Someter la carne al espíritu, algunos ejemplos	184
5 Padecimientos por causa de la justicia	186
6 La vida está sometida a padecimientos	187
Libro III LA VIRTUD DE LA PACIENCIA	189
1 Importancia de la paciencia	191
2 La paciencia de Dios con los pecadores	193
3 La paciencia de Cristo	194
4 La paciencia obra obediencia	196
5 La impaciencia procede del maligno	198
La impaciencia originó el primer pecado y es la madre de todos ellos	199
Todo mal es impaciencia contra el bien	200
6 La paciencia es resultado de la gracia	202
La antigua y la nueva dispensación	202
7 Generosos en dar, pacientes en perder	204
8 Tolerar con paciencia las afrentas	206
9 La paciencia y la esperanza de la resurrección ante el dolor de muerte	208
10 La paciencia no se venga por sí misma	209
11 Dios castiga y reprende a los que ama	211
Sólo el humilde es paciente	211
12 Es imposible vivir sin paciencia	213

8 Índice general

La paciencia da lugar al arrepentimiento	213
El amor se ejercita en la paciencia	214
13 La paciencia ejercita el cuerpo para el día de la prueba	215
14 Ejemplos bíblicos de paciencia	217
15 La paciencia perfecciona todas las virtudes	219
Donde está Dios, allí se halla su hija la paciencia.....	219
16 La falsa paciencia de los paganos	221

LIBRO IV LA ORACIÓN CRISTIANA..... 223

1 El vino nuevo de la oración	227
La oración de Juan y la de Jesús	227
La oración del Señor contiene el Evangelio completo	228
2 La importancia del nombre “Padre”	229
3 Santificado sea su Nombre	230
4 La voluntad de Dios	232
5 La venida del Reino	234
6 Pan del alma, pan del cuerpo	235
7 Perdonar y ser perdonados	237
8 Satán el tentador	238
9 Sólo Dios podía enseñar esta oración	239
10 Podemos añadir nuestras propias oraciones a la Oración del Señor	240
11 En la oración no cabe el rencor	241
12 Libres de toda perturbación	243
13 Espíritu limpio, manos limpias	244
14 Cuando oramos confesamos a Cristo	245
15 Hay que evitar la superstición de los ritos	246
16 De pie en presencia del Altísimo	247
17 Manos sin altivez, voz sin gritos	248
18 El beso de paz	249
19 Las Estaciones	250
20 La modestia en la mujer	251
21 El velo de las vírgenes	252
22 Esposas y vírgenes	253
23 La importancia de arrodillarse o estar de pie	258
24 El lugar de la oración	259
25 Tiempo para orar	260
26 Prioridad de la oración en las relaciones fraternales	262
27 Aleluyas y salmos	263
28 La oración es nuestro sacrificio espiritual	264
29 El poder de la oración	265

LIBRO V RESPUESTA A LOS JUDÍOS	267
1 El pueblo judío y el pueblo gentil en la historia divina	269
2 La universalidad de la ley	272
La ley antes de Moisés	272
3 La circuncisión y el cese de la vieja Ley	276
4 La observancia del sábado	280
5 Los sacrificios	283
6 La abolición y el abolicionista de la vieja Ley	286
7 La cuestión del reinado universal de Cristo	288
8 El tiempo del nacimiento y pasión de Cristo y la destrucción de Jerusalén	291
9 Las profecías del nacimiento y los hechos de Cristo	296
Guerrero de paz y justicia	300
El Nombre de Jesús	301
Hijo de David	303
10 La Pasión de Cristo en las predicciones del Antiguo Testamento	305
El misterio increíble de la pasión del Hijo de Dios	306
Árbol de salvación	308
11 La profecía de Ezequiel. Sumario del argumento profético	311
12 El llamamiento de los gentiles.....	314
13 La destrucción de Jerusalén y la desolación de Judea	315
Belén, cuna del Mesías, hijo de David	315
El rechazo del pueblo rebelde	316
El destino de los judíos y el rechazo de Cristo	319
14 Las dos venidas de Cristo	322
 Índice de Conceptos Teológicos.....	 327
Títulos de la colección Patrística.....	329

Prólogo a la Colección *PATRÍSTICA*

A la Iglesia del siglo XXI se le plantea un reto complejo y difícil: compaginar la inmutabilidad de su mensaje, sus raíces históricas y su proyección de futuro con las tendencias contemporáneas, las nuevas tecnologías y el relativismo del pensamiento actual. El hombre postmoderno presenta unas carencias morales y espirituales concretas que a la Iglesia corresponde llenar. No es casualidad que, en los inicios del tercer milenio, uno de los mayores *best-sellers* a nivel mundial, escrito por el filósofo neoyorquino Lou Marinoff, tenga un título tan significativo como *Más Platón y menos Prozac*; esto debería decirnos algo...

Si queremos que nuestro mensaje cristiano impacte en el entorno social del siglo XXI, necesitamos construir un puente entre los dos milenios que la turbulenta historia del pensamiento cristiano abarca. Urge recuperar las raíces históricas de nuestra fe y exponerlas en el entorno actual como garantía de un futuro esperanzador.

“La Iglesia cristiana –afirma el teólogo José Grau en su prólogo al libro *Historia, fe y Dios*– siempre ha fomentado y protegido su herencia histórica; porque ha encontrado en ella su más importante aliado, el apoyo científico a la autenticidad de su mensaje”. Un solo documento del siglo II que haga referencia a los orígenes del cristianismo tiene más valor que cien mil páginas de apologética escritas en el siglo XXI. Un fragmento del Evangelio de Mateo garabateado sobre un pedacito de papiro da más credibilidad a la Escritura que todos los comentarios publicados a lo largo de los últimos cien años. Nuestra herencia histórica es fundamental a la hora de apoyar la credibilidad de la fe que predicamos y demostrar su impacto positivo en la sociedad.

Sucede, sin embargo –y es muy de lamentar– que en algunos círculos evangélicos parece como si el valioso patrimonio que la Iglesia cristiana tiene en su historia haya quedado en el olvido o incluso sea visto con cierto rechazo. Y con este falso concepto en mente, algunos tienden a prescindir de la herencia histórica común

y, dando un «salto acrobático», se obstinan en querer demostrar un vínculo directo entre su grupo, iglesia o denominación y la Iglesia de los apóstoles...

¡Como si la actividad de Dios en este mundo, la obra del Espíritu Santo, se hubiera paralizado tras la muerte del último apóstol, hubiera permanecido inactiva durante casi dos mil años y regresara ahora con su grupo! Al contrario, el Espíritu de Dios, que obró poderosamente en el nacimiento de la Iglesia, ha continuado haciéndolo desde entonces, ininterrumpidamente, a través de grandes hombres de fe que mantuvieron siempre en alto, encendida y activa, la antorcha de la Luz verdadera.

Quienes deliberadamente hacen caso omiso a todo lo acaecido en la comunidad cristiana a lo largo de casi veinte siglos pasan por alto un hecho lógico y de sentido común: que si la Iglesia parte de Jesucristo como personaje histórico, ha de ser forzosamente, en sí misma, un organismo histórico. *Iglesia e Historia* van, pues, juntas y son inseparables por su propio carácter.

En definitiva, cualquier grupo religioso que se aferra a la idea de que entronca directamente con la Iglesia apostólica y no forma parte de la historia de la Iglesia, en vez de favorecer la imagen de su iglesia en particular ante la sociedad secular, y la imagen de la verdadera Iglesia en general, lo que hace es perjudicarla, pues toda colectividad que pierde sus raíces está en trance de perder su identidad y de ser considerada como una secta.

Nuestro deber como cristianos es, por tanto, asumir nuestra identidad histórica consciente y responsablemente. Sólo en la medida en que seamos capaces de asumir y establecer nuestra identidad histórica común, seremos capaces de progresar en el camino de una mayor unidad y cooperación entre las distintas iglesias, denominaciones y grupos de creyentes. Es preciso evitar la mutua descalificación de unos para con otros que tanto perjudica a la cohesión del Cuerpo de Cristo y el testimonio del Evangelio ante el mundo. Para ello, necesitamos conocer y valorar lo que fueron, hicieron y escribieron nuestros antepasados en la fe; descubrir la riqueza de nuestras fuentes comunes y beber en ellas, tanto en lo que respecta a doctrina cristiana como en el seguimiento práctico de Cristo.

La colección PATRÍSTICA nace como un intento para suplir esta necesidad. Pone al alcance de los cristianos del siglo XXI, lo

mejor de la herencia histórica escrita del pensamiento cristiano desde mediados del siglo I.

La tarea no ha sido sencilla. Una de las dificultades que hemos enfrentado al poner en marcha el proyecto es que la mayor parte de las obras escritas por los grandes autores cristianos son obras extensas y densas, poco digeribles en el entorno actual del hombre postmoderno, corto de tiempo, poco dado a la reflexión filosófica y acostumbrado a la asimilación de conocimientos con un mínimo esfuerzo. Conscientes de esta realidad, hemos dispuesto los textos de manera innovadora para que, además de resultar asequibles, cumplan tres funciones prácticas:

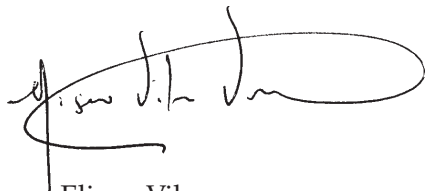
1. Lectura rápida. Dos columnas paralelas al texto completo hacen posible que todos aquellos que no disponen de tiempo suficiente puedan, cuanto menos, conocer al autor, hacerse una idea clara de su línea de pensamiento y leer un resumen de sus mejores frases en pocos minutos.

2. Textos completos. El cuerpo central del libro incluye una versión del texto completo de cada autor, en un lenguaje actualizado, pero con absoluta fidelidad al original. Ello da acceso a la lectura seria y a la investigación profunda.

3. Índice de conceptos teológicos. Un completo índice temático de conceptos teológicos permite consultar con facilidad lo que cada autor opinaba sobre las principales cuestiones de la fe.

Nuestra oración es que el arduo esfuerzo realizado en la recopilación y publicación de estos tesoros de nuestra herencia histórica, teológica y espiritual se transforme, por la acción del Espíritu Santo, en un alimento sólido que contribuya a la madurez del discípulo de Cristo; que esta colección constituya un instrumento útil para la formación teológica, la pastoral y el crecimiento de la Iglesia.

Editorial CLIE

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Eliseo Vila', written in a cursive style with a large loop at the end.

Eliseo Vila
Presidente



Cartago en la actual Túnez,
antigua África proconsular

INTRODUCCIÓN

TERTULIANO,

EL TRIUNFO DE LA FE

Tertuliano es el primer escritor latino del cristianismo. Su formación fue jurídica, pero estaba al tanto de la filosofía, la historia y la ciencia de su tiempo, propio del nuevo tipo de sabio cristiano que, desde el centro de la cruz se abre a las inquietudes humanas con afán transfigurador, “derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2ª Co. 10:5). Buen conocedor del griego y del latín, propio de personas cultas, Tertuliano toma de la ley romana los argumentos del derecho que, unido a su cultura filosófica y literaria, le convierten en un contrincante implacable y revolucionario, cuyo principal punto de apoyo y final consiste en la superior excelencia moral del carácter cristiano sometido a difamación y persecución ilegal de sus enemigos, por más que los edictos persecutorios partan de la autoridad legalmente establecida.

Gladiador de la palabra, Tertuliano arremete contra sus jueces convenciéndolos por todos los medios y maneras de que ellos eran más culpables que aquellos a quienes juzgan. Ni una sola vez trata de ganarse su favor, sino de poner al descubierto su duplicidad, su falta de consecuencia lógica, su vanagloria; no sabemos si convenció a alguno, pero ciertamente irritó a muchos. Tertuliano no pide perdón ni ofrece excusas por ser cristiano, sino que defiende el cristianismo exponiendo los absurdos e injusticias de sus acusadores, precisamente aquellos que falsamente atribuyen a los cristianos; como buen abogado sabe que la mejor defensa es el ataque. Observa el movimiento del enemigo para devolverle el golpe y convierte cada acusación en un arma afilada que se vuelve contra sus autores. Si alguna vez parece que se pone en el lugar de los jueces y se muestra comprensivo con ellos, forzados por el pueblo a dar espectáculos a costa de los cristianos, en seguida

Tertuliano es el primer escritor latino del cristianismo. Gladiador de la palabra, toma la ley romana y arremete contra sus jueces.

**Tertuliano
va más allá
de una
simple
defensa de la
fe cristiana.
No pide
clemencia
para los
mártires,
demuestra
que son más
sensatos,
más éticos,
más útiles al
gobierno y a
la sociedad
que la
mayoría de
sus
conciudadanos.**

arremete contra ellos y les acusa de querer congraciarse con el pueblo mediante sentencias de condenación a tortura y muerte.

Comparte con sus contemporáneos una indubitable creencia en los demonios a los que, como cristiano, atribuye la persecución de la que es objeto la verdad cristiana, pues el Diablo es mentiroso y padre de mentira (Jn. 8:44). La muerte por el testimonio de Jesús, el martirio, es considerado por los creyentes como un combate contra Satanás. Tienen conciencia de que lo que está en juego es superior a ellos. De ahí el furor rabioso de los ataques injustificados. Es Cristo quien, por ellos y en ellos, se enfrenta al mal. No son ellos los que únicamente sufren, Cristo sufre en ellos. Pero es el sufrimiento de la victoria, del justo por los injustos. "Somos vencedores muriendo y escapamos cuando sucumbimos" (*Apología L, 3*).

Se le ha considerado extremista, riguroso, mordaz, inflexible. Y lo es en relación directa a su idealismo y su amor a la verdad y la justicia que siente pisoteada, silenciada y triturada sin lugar a la defensa. Tertuliano, buen soldado de la fe, no rehúye la confrontación y la muerte consiguiente, pero le duele ser silenciado sin que se le ofrezca la oportunidad de defenderse al menos. A Tertuliano le duele la ignorancia de los jueces del cristianismo. Entiende la furia del populacho, pero no puede aceptar la deserción de los administradores de justicia de los principios básicos del procedimiento jurídico.

Como adivinando que, por la naturaleza de las cosas y del ser humano, sus peticiones de justicia iban a ser ignoradas por sus jueces y críticos, Tertuliano presenta algo más que una defensa de la fe cristiana. No pide medrosamente un derecho a la vida y al respeto, hace ver que el mismo hecho de negárselos constituye la mayor prueba de injusticia y error que se pueda dar en la sociedad que persigue a los cristianos, ya que, sin lugar a dudas, los cristianos son más útiles al gobierno, más sensatos, más éticos que la mayoría de sus conciudadanos. Los dioses gentiles son héroes divinizados, la Divinidad cristiana convierte en héroes a los creyentes. Tertuliano fustiga implacablemente a sus probables lectores gentiles, se burla de sus dioses, de sus tradiciones, expone sus vicios, sus faltas. Tertuliano no pide perdón por nada, sino que parece

reclamar una petición de perdón de quienes con tanta saña como injusticia persiguen a hombres y mujeres tan inocentes, valerosos, honrados y veraces como los cristianos. Si en una ocasión dice, respecto a la filosofía, ¿qué tiene que ver Jerusalén con Atenas?, en esta pregunta, ¿qué tienen que ver los cristianos con los gentiles?

Sólo un idealista podía escribir como él acerca de las virtudes del nuevo hombre cristiano. Elogió de corazón la vida de sus hermanos, hombres y mujeres, que aman y cuidan sinceramente unos de otros. Para él los cristianos representan el nuevo tipo de hombre que la humanidad estaba reclamando. Superiores sin soberbia, porque la suya es la superioridad del espíritu, de la santidad, de la *inocencia*, en el sentido propio y etimológico de la palabra: no ser nocivo, no dañar a nadie. Al final este tipo de hombre acabaría por imponerse a la fuerza del imperio, no por ardides políticos, sino por el mismo valor de su espíritu, de sus ideales, de su limpieza de miras.

Más que un rigorista, y quizás por ello, Tertuliano es un triunfalista. Él no podía prever los años que aún restaban a los cristianos de sufrir una persecución tras otra, hasta el triunfo definitivo de la Iglesia perseguida sobre el Imperio perseguidor; sin embargo, Tertuliano escribe como quien está seguro de la victoria, por eso no se lamenta, ni suplica, está firmemente convencido de la justicia y la verdad de su caso, y por lo tanto en la victoria inminente, en el triunfo de la fe. Por ella hay que purificarse y mantenerse firme.

El escrito dirigido al procónsul Escapula, entre los años 202-212, con motivo de una fiera y cruel persecución, representa el último grito de triunfo del viejo gladiador de la palabra: "Cuanto más nos abatís, más nos levantamos. No devolvemos mal por mal, pero os lo advierto: ¡No luchéis contra Dios!" A los oídos de sus enemigos todo esto sonaba a insolencia, a amenaza incluso, como cuando Tertuliano, tanto en su primera como en su última apología, insinúa que por su número los cristianos serían capaces de levantarse contra el imperio y echarlo a perder si no fuera porque les estaba prohibido en sus Escrituras. Con sólo negarse a trabajar, los cristianos pondrían en peligro todo el sistema imperial de comercio y dominio.

Más que un rigorista, Tertuliano es un triunfalista. No se lamenta ni suplica, escribe como quien está seguro de la victoria inminente, en el triunfo de la fe.



Coliseo romano de El Djem,
en el África proconsular, actual Túnez

El cristianismo en África romana

Procedente de África se supone que el Evangelio pasó a España a través de miembros del ejército romano; lo que constituyó un importante medio de cristianización.

No sabemos cómo llegó el Evangelio al norte de África, esa franja del Mediterráneo que va de la actual Libia hasta Marruecos, con su centro de gravedad en Cartago (en la actual Túnez); sólo podemos decir que para el siglo II, los cristianos se contaban por miles. El Evangelio prosperó de tal modo que se expandió hacia las tierras vecinas de la Península Ibérica. Pues, dejando a un lado la fabulosa leyenda de la evangelización de España por parte de Santiago y la más que probable visita de Pablo a las colonias mediterráneas, el cristianismo entró en España desde África, quizá por un medio tan relativamente sorprendente como el ejército romano, que en más de una ocasión y lugar constituyó un decisivo vehículo de cristianización. Se explica, por el contacto a que obliga la vida castrense y por los frecuentes traslados de unidades, que transportan consigo nuevas ideas y costumbres, o el veterano licenciado que trae de regreso al hogar el conocimientos de otras gentes y otras creencias.

Parece que la *Legio VII Gemina* estacionada al norte de África fue diseminada por el norte de la Península Ibérica,

por la zona de Astorga-León, Mérida y Zaragoza, donde para el año 254 se documentan comunidades cristianas. Marcelo, centurión de la *Legio VII Gemina*, posiblemente de origen hispánico, fue martirizado en Tánger por su fe cristiana. Soldados mártires de la mencionada legión fueron Prudencio, Celedonio y Emeterio.

Al lado del ejército tenemos también el comercio y los comerciantes como factores estratégicos de expansión de las doctrinas cristianas. Mercaderes de antiguo, los norteafricanos mantenían una estrecha relación comercial con los peninsulares de Iberia. Dos de ellos, Cucufate y Félix, fueron martirizados en Barcelona y Gerona, respectivamente. Félix era en realidad un misionero africano disfrazado de mercader, que predicó en Barcelona, Ampurias y Gerona. Cucufate, o Cugat, nació en Scillis, de padres nobles y cristianos, y fue de África a Barcelona. Por las ciudades de donde proceden los mártires de la persecución de Diocleciano: Barcelona, Gerona, Zaragoza, Valencia, Calahorra, León, Mérida, Sevilla, Alcalá de Henares, Córdoba y Toledo, se deduce que el cristianismo había hecho progresos en ciudades de la costa o situadas en las grandes vías de comunicación mercantil (cf. Luis García Iglesias, en *Historia de España Antigua*, t. II, *Hispania Romana*, cap. XX. Ed. Cátedra, Madrid 1978; A. Tovar, A. y J. M. Blázquez, *Historia de la Hispania romana*. Alianza, Madrid 1980, 2ª ed.).

Félix, un misionero cristiano del norte de África disfrazado de mercader, predicó en Ampurias y fue martirizado en Gerona. Cucufate, otro predicador cristiano procedente de África, lo fue en Barcelona.

El abandono del pueblo beréber, ganado posteriormente por el Islam, motivó la desaparición del cristianismo en esa área



Tristemente, el cristianismo en el norte de África olvidó a las tribus beréberes y las abandonó a su suerte. Fue un grave error que años después se convirtió en la semilla de la expansión del Islam.

Volviendo a Cartago, lugar de nacimiento de Tertuliano, sabemos que por aquellas fechas tenía una población numerosa y contaba con riquezas iguales a Roma. La población de Cartago, fundada de antiguo por colonizadores fenicios, consistía básicamente en tres grupos: los romanos, que formaban la clase alta con el monopolio de la propiedad y de las grandes empresas comerciales, los fenicios o púnicos, que formaban la clase media, y los beréberes indígenas, en su mayoría agricultores y obreros. Se hablaban tres idiomas, berberisco, púnico y latín. Los cristianos pertenecían en su mayoría a la clase romana, seguidos de los púnicos. Los beréberes, de etnia africana, empujados hacia el norte por la desertización del Sahara, apenas si conocían la fe cristiana. Nada en absoluto en las ciudades del interior. El cristianismo era predominantemente urbano y latino. Los beréberes hablaban distintos dialectos, que los hacía menos receptivos e interesados por el cristianismo de corte y lengua romana. Por lo general apoyaron casi todas las doctrinas y movimientos que se opusieron a Roma, donatistas y montanistas, herejías de corte puritano que pervivieron en África durante siglos, constituyéndose en una verdadera amenaza para la Iglesia. Por el lado social, los beréberes pasaron a formar parte de los *circumceliones*, bandas de campesinos sin tierra que vivían de la práctica del bandolerismo y que tuvieron en jaque a las legiones romanas, siendo el terror de los grandes propietarios. Como hicimos notar en nuestra introducción a la obra de Agustín de Hipona (cf. *La utilidad de creer*), el abandono del pueblo beréber constituyó el mayor error de la Iglesia, siendo la causa de la desaparición del cristianismo en el norte de África con la aparición del Islam y la conversión en masa de los beréberes al mismo.

La población cristiana de África del Norte fue mayor que la de ninguna otra parte del Imperio, con la excepción de Asia Menor, cuna del montanismo. Cuando los césares iniciaron la persecución del cristianismo, África se convirtió en una especie de refugio para los huidos de Roma, debido a la paz relativa que disfrutaba. Las conversiones se multiplicaban, llamando la atención de las autoridades y del pueblo, que no veían con buenos ojos una creencia tan radicalmente contraria a las costumbres y las divinidades populares. A finales del siglo II la persecución estalló violenta, atroz y letal. El procónsul Vigelio Saturnino

fue “quien primero usó aquí la espada contra nosotros” (Tertuliano, *A Scapulam*, III). El primer relato que nos ha llegado de un martirio se refiere a siete hombres y cinco mujeres de la ciudad de Escilia en Numidia, todos con nombres latinos, que fueron ejecutados en Cartago.

La persecución solía surgir por un motivo ajeno a la fe, la celebración de una victoria, por ejemplo, en honor del César y los dioses del Imperio. Se difundió el rumor de que los cristianos se apartaban de las fiestas en honor del emperador por ser parte de una conjuración contra el mismo. ¿Acaso no despreciaban los cristianos la sociedad presente en nombre de otra futura mejor? No había más que decir. El pueblo, como suele ocurrir en estas ocasiones, pidió la cabeza de los cristianos y, por si no se le daba, decidió cortarlas él mismo. Las autoridades, siguiendo una política de no resistir al pueblo, se plegaba a los deseos del mismo y solían concederles lo que querían bajo viso de legalidad. El Senado dictaminó el modo de llevar a cabo la represión de los cristianos. No pudo ser más malévolo. Los senadores dictaminaron que no se oyese a los cristianos en su defensa, siendo reos de muerte por el solo nombre de “cristianos”. El pueblo salía desbocado por las calles, entregado a una orgía de sangre y muerte. Se degollaba, abrasaba y despedazaba a los cristianos. Todo era horror, llanto, gemidos de inocentes, sangre pura miserablemente derramada. Bien se ha dicho que Tertuliano escribe con letras empapadas en la sangre de sus hermanos de fe.

Pero si la actuación del pueblo era condenable, más lo era la de las autoridades que la permitían o hacían bien poco para impedirla, violando así la ley de justicia criminal, como Tertuliano les echa en cara una y otra vez. Como vemos en el caso de los plateros de Éfeso que vivían del culto local a Diana, los primeros en sentirse amenazados con el crecimiento del cristianismo eran los artesanos y negociantes que vivían del culto pagano a los dioses, astrólogos, videntes y nigromantes. Sin embargo, como escribe Ludwig Hertling, lo que más debió influir sobre la opinión pública fue la actitud del gobierno. “Por lo común, el hombre corriente no está en situación de mantener por mucho tiempo una opinión distinta de la de sus autoridades. Muchos pensarían: no sé lo que serán los cristianos, pero sus razones tendrá el gobierno para proceder una y

Al iniciarse las persecuciones, los senadores dictaminaron que no se oyese a los cristianos en su defensa, siendo reos de muerte por el solo nombre de “cristianos”. Tertuliano escribe con letras empapadas en sangre.

Tertuliano nació en el norte de África Cartago (actual Túnez) unos años antes del 160 d.C., hijo de un centurión romano al servicio proconsular. Estudió leyes y se convirtió en un famoso y reconocido experto en derecho romano.

otra vez con tanto rigor contra ellos" (*Historia de la Iglesia*, p. 71. Herder, Barcelona 1979, 6ª ed.).

Ningún delito podía imputarse a los cristianos, excepto *llamarse* tales. Una incomprensible y banal "guerra por causa del nombre" (Tertuliano, *Apología* II, 18) llevada con más o menos eficacia por los funcionarios del Imperio sin remordimientos de conciencia, tranquilizados por la reacción del pueblo siempre deseoso de carne fresca para el circo y las fieras. Muchos historiadores de la Iglesia se han esforzado en encontrar las causas legales de las persecuciones, dado el sentido jurídico que los romanos dieron a todas sus actuaciones, pero no hubo ninguna otra que el odio al nombre "cristiano" mantenido por la inercia de los funcionarios. "Los cristianos fueron reprimidos por la autoridad imperial por el simple hecho de declararse seguidores de un cabecilla subversivo juzgado, condenado y justiciado. Es decir, en la terminología de la época, por el simple nombre de cristianos" (José Montserrat Torrents, *El desafío cristiano, las razones del perseguidor*, p. 44. Anaya & Mario Muchnik, Madrid 1992).

Ningún lector moderno puede leer las actas de los mártires, o la misma *Apología* de Tertuliano sin percibir el horror que suponía ser juzgado por cristiano, sin posibilidad de defensa, entregado al verdugo sin causa. Tanta ceguera y tanta crueldad, aun admitiendo las razones del Estado perseguidor, desacreditan al Imperio romano y nos llevan a cuestionar una y otra vez la racionalidad del ser humano.

Vida y obra

Quinto Septimio Florencio Tertuliano nació aproximadamente unos años antes del 160 d.C., en Cartago. Hijo de un centurión en el servicio proconsular tuvo la oportunidad de acceder a los estudios superiores que la sociedad tenía reservada entonces a los afortunados. Leyó los poemas de Homero y estudió los sistemas filosóficos, por cuyos autores sentía poca simpatía en cuanto personas sometidas a muchas debilidades de carácter moral. Al parecer, Tertuliano desarrolló en su infancia un fuerte sentido del deber y el ideal. Acabados sus estudios fue a pasar un tiempo en Roma, donde ejercitar su profesión, "famoso y distinguido experto en ley romana" (Eusebio, *Hist. Ecl.* II, 2).